

la fusión de los pueblos y la unidad del imperio. La Tracia, esa otra barrera del mundo romano, era desde el tiempo de Claudio tierra del imperio y estaba puesta bajo la autoridad del gobernador de la Mesia. Para que no se distrajera éste de la rigurosa vigilancia que debía ejercer á lo largo del Danubio, formó Vespasiano á expensas de la Bitinia y del Asia una nueva provincia llamada del Helesponto, á la cual anexiónó la Tracia. Bizancio perdió en esta ocasión su libertad.

Este retocamiento ó recomposición de las provincias probaría otra preocupación, la de dividir los gobiernos demasiado considerables, que desde el tiempo de Augusto se formaban de muy buen grado en Oriente, para concentrar las fuerzas y asegurar más y mejor la resistencia contra los partos. Vespasiano, que había experimentado por sí mismo cuánto favorecían estos grandes mandos los proyectos de los ambiciosos, hizo de la Palestina un gobierno distinto, y disminuyó aún la importancia y las fuerzas del procónsul de la Siria, constituyendo, como acaba de verse, la Comágene y la Capadocia en provincias militares. El mismo pensamiento sin duda hubo de decidirlo á separar la Tracia de la Mesia.

Nada sabemos de las orillas del Rin y del Danubio: preciso es concluir de aquí que la severa disciplina restablecida por Vespasiano mantuvo allí la paz. Sólo se ve que la Mesia roturó tan bien sus valles antes yermos, que se encontró en estado de enviar á Roma grandes partidas de trigo (1). Este hecho dice mucho sobre el poder de colonización que poseía aquella raza romana, trasformando tan pronto provincias que al parecer debían ser mucho tiempo rebeldes á su acción.

Vespasiano aprovechó sin duda una de las lecciones que la guerra civil había dado, cuando estableció enfrente de los Alpes Julianos una colonia en *Flavium Solvense*, en el mismo camino que Antonio Primo había seguido, para que otro tuviera menos facilidad de franquear esta barrera de la Italia.

La Helvecia había sufrido mucho durante la guerra vitioliana, y Vespasiano la socorrió, porque se encuentra su nombre en muchas inscripciones de este país, por desgracia demasiado gastadas para suministrar nos útiles indicaciones. Una de ellas recuerda que en honor de su hijo Tito, habían levantado un arco triunfal cerca de Vindonisa (Windish) los habitantes del país (*vicani*).

En la Galia se habían hecho muchas y severas pesquisas contra los fautores de la última insurrección. Ya hemos visto que uno de sus jefes, Sabino, descubierto al cabo de nueve años bajo tierra, fué conducido á Roma y ejecutado; cruel-

(1) *Magno tritici modo annonam P. R. adlevavit* (Orelli, n.º 750). Otra inscripción del tiempo de Marco Aurelio (C. I. L. tom. III, número 753) da á la gran ciudad de Sirmio la denominación de *Colonia Flavia Sirmatium*; uno de los tres Flavios había pues establecido allí una colonia.

dad que mancha la vida de Vespasiano, si no tuvo alguna razón especial para faltar esta vez á su clemencia ordinaria.

Galba había concedido el *ius Latii* á la mayor parte de la Galia. Vespasiano extendió este derecho á toda España. Agotándose Italia, era justo interesar en la causa del imperio á las provincias más romanas. Ya vimos cómo un galo, Vindice, derribaba á Nerón, y otro galo, Antonio Primo, abría el camino de Roma á Vespasiano. Dentro de veinte años comenzará la dinastía hispano-gala de los llamados Antoninos.

Los negocios de Bretaña nos son más conocidos, gracias á Tácito, á quien volvemos á encontrar aquí con la *Vida de Agrícola*. Tres hábiles generales mandaron allí bajo el poder de Vespasiano: Cerialis que sometió á los brigantes; Julio Frontino, el autor del libro de las *Estratagemas*, que redujo á los siluros; y Agrícola cuya administración pertenece á la historia de los reinados siguientes.

Hábil en elegir á los hombres, que es la cualidad real por excelencia, Vespasiano sabía también provocar la abnegación honrando el mérito. Un día, hizo en pleno senado un brillante elogio de aquel hábil gobernador de la Mesia de que ya hemos hablado y permitió que se grabaran sus palabras en una tabla de mármol, que todavía poseemos, con la enumeración de todos los servicios que Plaucio había prestado al imperio.

Vespasiano tocaba ya al término de su laboriosa carrera. Tenía sesenta y nueve años y se hallaba en su casita del territorio de Reate, cuando conoció que se aproximaba su muerte. «Siento que me hago dios,» dijo á los que lo rodeaban burlándose anticipadamente de su apoteosis. No tenía más respeto, en aquel momento á lo menos, para los presagios. Hablábanle de la aparición de un cometa como de un augurio infalible. «Eso atañe, dijo, al rey de los partos que es cabelludo, no á mí que soy calvo;» palabras de un supersticioso, que acaba en incrédulo.

Hasta el último momento lo ocuparon pensamientos viriles: recibió á las diputaciones, dió órdenes, proveyó á todos los negocios, y sobreviniéndole un desfallecimiento, exclamó: «Un emperador debe morir de pie.» Quiso levantarse y expiró en este supremo esfuerzo (23 junio 79).

El primer emperador plebeyo no tuvo historiador; pero cuatro palabras de su biógrafo bastan para su fama: *Rem publicam stabilivit et ornavit*, «fortaleció y glorificó el Estado.» Plinio dice también: «La grandeza y la majestad sólo produjeron en su ánimo el efecto de igualar la potestad de hacer bien con el deseo de hacerlo.» Añádase que este soldado hecho emperador por las legiones, fué más prudente que Trajano, á quien se alaba más. Vespasiano lo pidió todo á la paz; nada á la guerra (2).

(2) Debe sin embargo haber tenido en las fronteras algunos combates, en cuya virtud fué muchas veces proclamado *imperator*, porque una inscripción del año 76 señala su 17.ª salutación imperial: IMP. XVII. in Orelli, núm. 744.

## CAPÍTULO LXXVIII

TITO Y DOMICIANO (79-96).

### I. — TITO (79-81).

Muerto Vespasiano, tomó Tito el título de Augusto (1). Educado en la corte de Nerón entre los jóvenes compañeros de Británico, asistía al banquete fatal cerca de su amigo y acaso gustó el veneno (2). Sirvió con distinción como tribuno en Germania, en Bretaña y ya lo hemos visto terminar la difícil guerra de Judea. Los soldados lo contaban entre los más bravos; los jefes lo tenían por el más hábil y sus buenas partes le granjearon estimación y afecto. Con todo eso, la inclinación que mostraba á las comensaciones y á los espectáculos, su severidad en el ejercicio de la prefectura del pretorio y el asesinato de Cecina inspiraban inquietudes.

Pero las lecciones de su padre le habían aprovechado; y el gobierno de ochenta millones de hombres le pareció cosa por demás seria para pensar en otra cosa que no fueran los negocios públicos. Su padre lo había preparado asociándolo al imperio (3). Le había dado el título de César, la censura, el poder tribunicio, la prefectura del pretorio y siete consulados. Habiendo llegado al poder en edad madura, lleno de experiencia y harto de placeres por sus mismos excesos, no tuvo ya más que una pasión, la del bien público. Desde el primer día despidió á sus amigos de vida airada, y ya en vida de su padre había hecho á las preocupaciones romanas el sacrificio de sus más vivos sentimientos enviando á Oriente á la reina judía Berénice (4). Al tomar posesión del máximo pontificado, declaró que conservaría puras de sangre sus manos, y cumplió su palabra: nadie en su reinado pereció por su mandato. Dos jóvenes patricios fueron condenados á muerte por conspirar contra su persona: Titó los perdonó, los hizo sentar á su lado en los juegos del Circo, y cuando según costumbre le presentaron las espadas de los gladiadores, se las entregó á ellos para que eligieran; confianza poco peligrosa sin duda, pero que fué muy aplaudida.

Amenazado por continuas conspiraciones Vespasiano había conservado ciertos restos de la antigua tiranía, los delatores y los sobornadores de testigos, sin hacer uso de sus servicios. Tito los mandó azotar, vender ó deportar. Y acabó de arruinar la delación, cuando se negó á recibir las acusa-

ciones de lesa majestad, cuando prohibió acriminar un hecho en nombre de muchas leyes y cuando concedió la prescripción á los muertos, prohibiendo ofender su memoria, pasado cierto tiempo, que también fijó.

Era de temer que esta bondad degenerase en flaqueza. Así Tiberio había establecido por consejo de prudencia que las gracias concedidas por un príncipe fueran confirmadas individualmente por su sucesor so pena de nulidad: Tito reconoció por un solo acto la validez de todas las concesiones anteriores. Esto era más monárquico, puesto que la voluntad imperial parecía entonces una é inmutable, á pesar de la diversidad de los príncipes; pero también era privarse de una útil intervención y dar rienda á la avidez, no contenida ya por ningún temor. Los pretendientes acudieron, sin que ninguno fuera desatendido, y como sus consejeros se espantaron de unos donativos que vaciaban el tesoro y de tantas promesas que no podría cumplir: «Es preciso, les dijo, que nadie salga descontento de la presencia del príncipe.»

Al pueblo, que no solicitaba grados ni funciones, dió á la inauguración del Coliseo juegos magníficos, que duraron cien días, una naumaquia, gladiadores y cinco mil fieras. Desde un estrado que se levantó en el teatro arrojaba á la multitud unas bolas de madera que contenían sendos bonos para comestibles ó vestidos, para vasos de oro ó de plata, para esclavos, yuntas y rebaños enteros.

Construyó nuevas termas, adonde dejaba entrar al populacho, aun mientras se bañaba él mismo; y á fin de que á lo menos en las fiestas encontrara el pueblo su perdida realeza, mostrábase en público las mayores deferencias y atenciones, chanceando en el teatro con el público, declarando que todo se haría á gusto de los espectadores y no al suyo, y que no tenían más que pedir lo que quisieran. Un dicho memorable pinta esta bondadosa facilidad de Tito. «¡Oh, amigos míos! decía suspirando una noche; hoy he perdido el día.» Y era que aquel día no había dado nada.

Los deberes de un jefe de Estado son más austeros, y la popularidad adquirida de esta suerte, á costa de los recursos del erario público, no es ciertamente la mejor: la de Tito era inmensa, bien se comprende, después de la severa administración de Vespasiano. Digamos, sin pasar adelante, que las poblaciones afligidas por alguna calamidad lo encontraron tan bien dispuesto y pronto á subvenir á sus necesidades, como los cortesanos á satisfacer sus deseos. Una espantable erupción del Vesubio se tragó las ciudades de Herculano, Pompeya y Estabíes; una peste diezmo la población de Italia y se encarnizó muy más en Roma, y un incendio que duró tres días devoró otra vez más el Capitolio, la Biblioteca de Augusto y el teatro de Pompeyo. Tito envió á la Campania comisarios consulares bien provistos de dinero y aplicó al alivio de los sobrevivientes los bienes allegados al fisco por la muerte de los que habían perecido en el desastre sin dejar herederos. En Roma, tomó á su cuenta repararlo todo, y para realizar los fondos necesarios para su generoso empeño, puso en venta los muebles de su palacio.

Estas liberalidades, necesarias algunas de ellas, contribu-

(1) Tito Flavio Vespasiano nació en Roma á 30 de dic. del 41, año de la muerte de Calígula (Suet. *Tit.* 2). Tenía pues 38 años y medio á su advenimiento.

(2) Así se creyó y estuvo mucho tiempo y peligrosamente enfermo (Suetonio, *Tit.* 2).

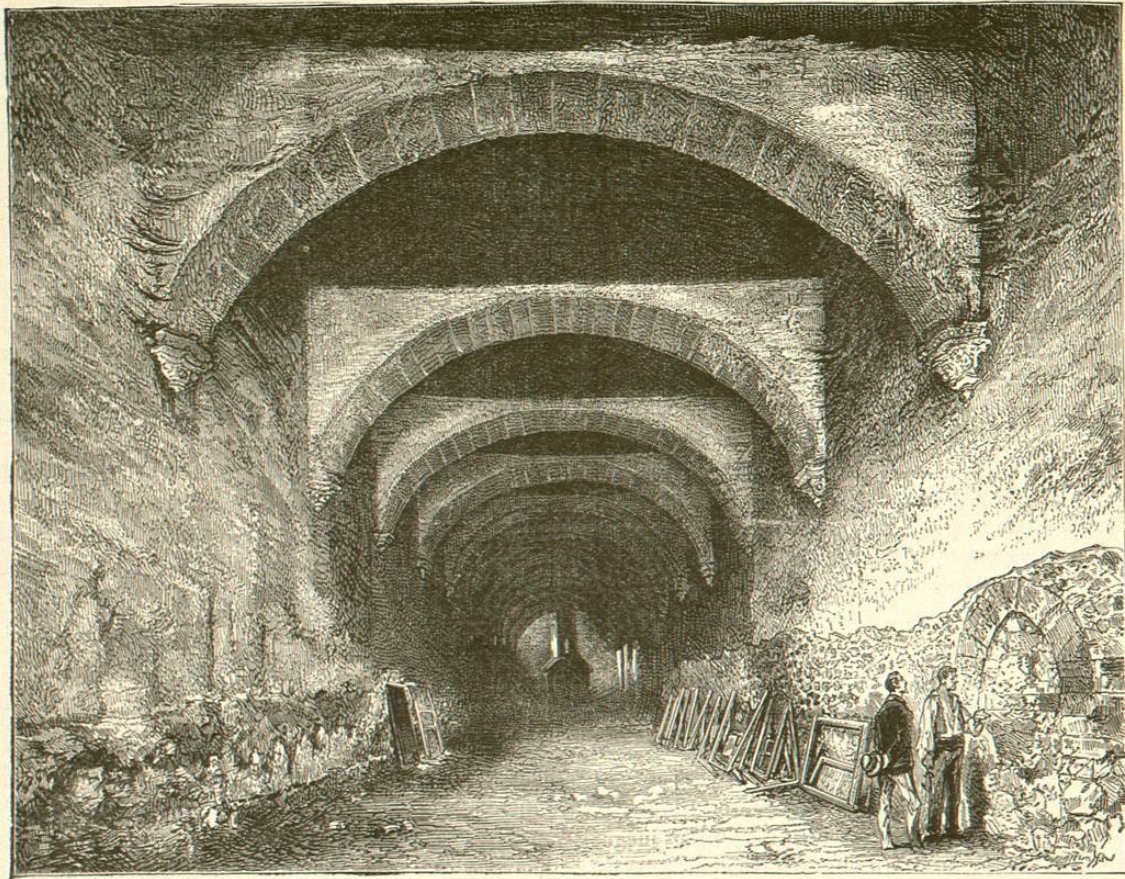
(3) *Participem atque etiam tutorem imperii agere* (Suetonio, *Tit.* 6). Llevó en vida de Vespasiano el título de *imperator* (Orelli, núm. 751), no como prenombre, como lo usaba el príncipe reinante, sino porque había triunfado con su padre.

(4) Era hija de Agripa, último rey de los judíos, hermana del joven Agripa, rey de la Itúrea, viuda de su tío Herodes, rey de la Calcídica, y de Polemón, rey de Cilicia. Tenía trece años más que Tito, y por consiguiente cincuenta y dos á la muerte de Vespasiano. Pero es probable que abandonara á Roma cinco años antes. Volvió al advenimiento de Tito al imperio, sin cambiar las resoluciones del príncipe. Cf. Josefo, *Ant. Jud.* XVIII, 7; XX, 5; Suetonio, *Tit.* 7; Dion, LXVI, 15, 18.

yeron acaso al enojo de Domiciano, y ya veremos cómo Domiciano hubo de desenojarse.

El reinado de Tito no duró más que veintiséis meses, desde el 23 de junio del 79 hasta el 13 de setiembre del 81. Yendo el emperador á visitar su patrimonio á la Sabina, fué acometido de una violenta fiebre, que muy luego lo puso en peligro de muerte. Refiérese que entreabriendo los velos de su litera, miró al cielo con ojos llenos de lágrimas y reconvencciones: «¿Por qué, dijo, por qué morir tan pronto? En toda mi vida no hay más que una cosa de que deba arrepentirme.»

¿Qué cosa era esta? Se ignora; no la indagemos (1). No



Un corredor del Coliseo

Los judíos sabían mucho más sobre esta muerte prematura, y el *Talmud* refiere también que volviendo Tito á Roma con los vasos sagrados que profanó y sustrajo sacrilegamente del templo de Jehovah, fué asaltado por una furiosa tempestad. «El Dios de los judíos, exclamó, no tiene pues fuerza sino en el mar, donde se tragó á Faraón. Si es verdadero Dios, que me combata en tierra firme.» A estas impías palabras hubo de contestar misteriosa y potente voz diciendo: «¡Malvado, hijo de malvado! Yo he dado vida á una criatura infinitamente pequeña y ella combatirá por mí.»

Luego que el príncipe tomó tierra en la costa de Italia, hubo de entrarle un mosquito por las narices y fué á alojarse en su cerebro, que estuvo corroyendo por espacio de siete años. Un día que pasaba el príncipe por delante de una fragua, el ruido del martillo sobre el yunque detuvo la obra del insecto y el doloroso sufrimiento. Desde entonces Tito dió cuatro monedas de plata diarias á un hombre que permanecía á su lado golpeando con martillo en el yunque, y por

(1) ¿Sería el asesinato de Cecina?

digamos tampoco que esta corta duración de su principado no dejó tiempo para que se extinguiera su amor al bien público, ni para que le cansaran los aplausos populares, ni para que los obstáculos que hallara en su camino lo lanzaran á otro distinto. La buena fama de los emperadores no es tan general que nos permita disputar á Tito el título que recibió de sus contemporáneos: *delicia del género humano*.

Algunos escritores hablan del veneno que su hermano Domiciano le dió; pero Suetonio que tan fácilmente acepta los rumores siniestros, no cree nada de esto; y los médicos de Tito dijeron á Plutarco que este príncipe había muerto á consecuencia de unos baños tomados indebidamente.

espacio de un mes fué eficaz el remedio; pero al cabo de este tiempo, acostumbrado ya el insecto al ruido, volvió otra vez á corroer el cerebro. Cuando murió Tito, le abrieron el cráneo y encontraron en él un mosquito tamaño como una golondrina, armado de uñas de hierro y de pico de bronce.

Con esta historia, que los judíos contaban á sus hijos, perseguían con su implacable odio la memoria del destructor de Jerusalén.

Rara vez hay ocasión de mezclar la historia de la tierra con la de los hombres, porque los cambios en los accidentes del suelo, grandiosos en el conjunto de una edad geológica, se producen á nuestra vista por manera imperceptible. No embargante, se ha guardado para el tiempo de Tito el recuerdo de un fenómeno terrible, la erupción del Vesubio, después de veinte siglos acaso de reposo, y la desaparición de varias ciudades de sobre la faz de la tierra.

Los antiguos habían reconocido muy bien la naturaleza volcánica de aquella montaña; pero ninguno de los que nos han conservado las tradiciones más remotas sabían que hubiera vomitado fuego. En el primer siglo de nuestra era, sólo quedaba una mitad del antiguo cráter, que puede re-

conocerse aún, la *Somma*; la otra mitad de la parte del mar se había hundido y una ancha planicie bordeada de vides que cubrían sus flancos ocupaba el sitio del cráter actual. Para representarse los lugares como eran entonces, hay pues que suprimir el cono de negras cenizas de 400 metros de alto que se ha levantado por encima de la antigua planicie, y desde donde alcanza el viajero una vista incomparable sobre Nápoles, su golfo, sus islas y sus ciudades, asentadas en aquellas encantadoras orillas, mientras á sus pies la fiera boca del volcán se llena de pavorosos ruidos, de ardiente humo y sulfurosos vapores que reflejan en las piedras caídas á la redonda tintas brillantes de rojo, de amarillo, de naranja, de violeta, como para ceñir á la frente de sombría montaña los restos de una diadema rota.

Un terremoto que el 5 de febrero del 63 agitó la Campania y arruinó casi toda la ciudad de Pompeya, anunciaba que los fuegos subterráneos se ponían en actividad. El reposo se restableció, sin embargo, y duró diez y seis años, hasta mediados del estío del 79. Entonces volvieron á sentirse las agitaciones del suelo y sordos y espantables ruidos. Finalmente, el 23 de agosto, un inmenso nubarrón, semejante á un pino gigantesco, cuya copa subía á 3,000 metros de altura, apareció por encima del Vesubio, sombrío y cerniendo sombras en torno de sí, pero iluminadas á cada instante por relámpagos siniestros.

Plinio el naturalista, que mandaba la flota de Miseno, sorprendido de tan extraño fenómeno, se propuso estudiarlo de cerca con curiosidad de sabio, á las veces temeraria. Mandó armar sus galeras para recoger á bordo los soldados de marina estacionados en Resina y la gente de la costa que estaba poseída de terror. Pero el fondo de la mar se había levantado, y no pudo acercarse á la costa, donde las olas se estrellaban con furor, mientras las cenizas y las piedras llovían sobre los barcos. La posición se hacía peligrosa, sin utilidad para nadie, y fué á desembarcar un poco más lejos, á Estabies, desde donde observó que el Vesubio estaba cubierto de fuego, que la lava se desbordaba por el nuevo cráter que ella misma se había abierto y corría por las hendeduras laterales; que los gases combustibles se inflamaban al contacto del aire; en fin, que la nube suspendida aún por encima de la montaña, en medio de las tinieblas que envolvían todo el país, reflejaba el colosal incendio. El filósofo naturalista observaba tranquilamente todos estos fenómenos, tomaba notas y dictaba.

Por la tarde se acostó y durmió con mucho sosiego. Pero el patio de la casa se llenaba de cenizas, y la casa misma amenazaba hundirse á cada instante. Su gente lo despertó y salió á cielo abierto, cubriéndose la cabeza con una almohada para resguardarse de las piedras que caían. Seguido de los suyos se dirigió á la orilla de la mar, con ánimo de embarcarse; pero les fué imposible á causa de la borrasca. Fatigado de una penosa marcha, el sabio se recostó en el suelo, y en este momento pareció que las llamas se acercaban precedidas de un olor sulfuroso. Entonces se levantó con ayuda de dos esclavos; pero demasiado tarde, pues volvió á caer, ya muerto, asfixiado sin duda por el ácido carbónico que en las erupciones volcánicas se desprende en abundancia y más pesado que el aire permanece en la superficie del suelo, donde Plinio lo había respirado al recostarse (1). Sólo tenía cincuenta y seis años de edad.

Mientras Plinio moría en Estabies, Pompeya, pequeña

(1) Todo esto, menos el fin por supuesto, está tomado de una carta de Plinio el Joven, hijo adoptivo de su tío. Otra carta sobre la fuga de su madre y la suya completa su interesante narración.

ciudad comercial de doce mil habitantes, edificada cerca de la embocadura del Sarno, sobre una onda de lava, era sepultada bajo una capa de cenizas y piedra pómez de cinco metros de espesor, y Herculano bajo sesenta ú ochenta pies de barro líquido (2), que endurecido con el tiempo, dió asiento firme á las dos ciudades de Pórtici y Resina. En una *tessera* de espectáculo, encontrada en Pompeya, están marcados el asiento del espectador y el título de una comedia de Plauto, *Casina*, que acaso se representó la víspera del día en que pereció la ciudad.

Las dos quintas partes de Pompeya están hoy desenterradas y el curioso que la visita puede contemplar el extraño espectáculo de una ciudad romana que reaparece á la luz después de diez y ocho siglos; ciudad pequeña seguramente, pequeñas casas, calles estrechas, monumentos sin grandeza, arte sin esplendor, aunque no sin gracia, y sin embargo, todo esto produce honda impresión. Aquel pue-



Apotheosis de Tito (3)

blo romano dejó tales recuerdos, que sólo contemplando uno de sus más oscuros municipios, pero de donde parece haber salido ayer, se siente una especie de impresión religiosa (4).

«Si queremos, dice M. Boissier, apreciar las bellas casas de Pompeya como conviene y enterarnos bien de las comodidades que debían tener para sus propietarios, es preciso prescindir de ciertas preocupaciones. Los habitantes

(2) M. Fouqué ha calculado que en 1865 vomitó el Etna bastante vapor de agua para que enfriándose en las altas regiones de la atmósfera y cayendo en lluvia sobre la montaña la cubriera con 22,000 metros cúbicos de agua. Semejante hecho se produce en todas las erupciones. El 79 se precipitó este torrente sobre Herculano arrastrando enormes masas de ceniza que llenaron las calles y las casas y se elevaron 30 ó 40 pies por encima de los más altos edificios.

(3) De un bajo-relieve del arco de triunfo de este príncipe.

(4) La mayor parte de los habitantes de Pompeya pudieron huir con sus riquezas ó volvieron á buscarlas penetrando por los pisos superiores (las casas de tres pisos eran raras). Sin embargo, perecieron muchos. Se han encontrado ya unos seiscientos esqueletos, aunque las excavaciones apenas llegan á la mitad (*Descrizione di Pompei*, por Fiorelli, que tan hábilmente dirige las excavaciones). No se ha descubierto ni un solo manuscrito, á no ser, en 1875, los libros de cuenta del banquero Vucundo; se ha encontrado, sin embargo, una tienda de manuscritos, pero vacía. Herculano ha dado ya 1756 libros, de los cuales se han desarrollado y leído cerca de 500; pero por desgracia no ofrecen ningún interés. Sobre Pompeya, véase el curioso volumen publicado por el gobierno real para el 18.º centenario de la erupción, y Boissier, *Promenades archéologiques*, p. 287-378.

de esta ciudad encantada parecen preocupados de buscar por encima de todo su bienestar; pero no lo ponen ellos donde nosotros lo ponemos: en este punto, cada siglo tiene sus opiniones y preferencias, y hay también su moda para la manera de ser feliz, como para lo demás. Si nos dejamos dominar demasiado por esa tiranía del hábito, que no nos permite creer que sea posible vivir de otro mo-



Tablillas de pagos, encontradas en Pompeya en 1875 (1)

do que como nosotros vivimos, las casas de Pompeya nos parecerían acaso pequeñas é incómodas; pero si olvidamos momentáneamente nuestros usos é ideas, si procuramos hacernos romanos mentalmente, encontraremos, que los que las habitaban las tenían muy bien hechas para sí y

(1) El 3 de julio de 1875 se descubrieron en la casa de L. C. Yucundo muchos centenares de tablillas de madera que hablan sido depositadas en un arca conservada en parte y están enteramente carbonizadas. En otro tiempo estaban reunidas de dos en dos ó de tres en tres por medio de unos cordones que pasaban por dos agujeros abiertos en la parte superior de las tablillas. Las dos caras exteriores son

muy adecuadas á todos sus gustos y necesidades. Es muy difícil hoy en nuestras ciudades, aun entre los ricos, habitar exclusivamente una casa: los más se alojan en casas en que viven muchos otros; y su alojamiento se compone de una serie de aposentos amplios, ventilados, con grandes ventanas que dan á calles ó plazas. En Pompeya no hay nada de esto. El número de las casas habitadas por una sola familia es allí muy considerable y las habitaciones principales están en la planta baja (2). Los más ricos se construyen una casa situada entre cuatro calles, ocupando, como se decía, toda una isla. Si eran económicos distraían de este amplio espacio algunas parcelas, donde hacían tiendas que alquilaban luego á buen precio.

»Mientras entre nosotros se reserva la fachada ó parte anterior de la casa para los mejores aposentos, en Pompeya, al contrario, se abandonaban al comercio, ó bien quedaba la pared cerrada ó sin cosa de abertura: toda la casa, en vez de mirar á la calle, se volvía, por decirlo así, hacia adentro, sin comunicarse con el exterior, sino por la puerta de entrada, rigorosamente cerrada y muy bien guardada: pocas ventanas y sólo en los pisos superiores; se quería vivir en familia, lejos de los indiferentes y de los extraños. Hoy, lo que llamamos vida doméstica pertenece mucho al público: el público entra fácilmente entre nosotros, y cuando no viene á nosotros, nosotros queremos verlo desde nuestras ventanas abiertas. Entre los antiguos, la vida privada era verdaderamente más solitaria que entre nosotros. El amo de la casa no tenía nada que ver en la calle; sobre todo, no quería que desde la calle se mirara á su casa.

»En su casa misma había divisiones y distinciones. La parte en que recibía á los extraños, no era la reservada para la vida íntima, para la vida de familia, en cuyo santuario no se penetraba fácilmente, separado como estaba de lo demás por los corredores, cerrado por puertas ó tapices y guardado por los sirvientes. El dueño de la casa recibía cuando le agradaba, y cuando le placía se encerraba en su casa. Y si algún cliente tenaz y enfadoso lo esperaba á la salida en el vestíbulo, tenía para escaparse una puerta trasera ó excusada, *posticum*, el postigo.

»A los que encuentran los aposentos de las casas pompeyanas demasiado pequeños les hemos contestado ya que los habitantes pasaban gran parte del día fuera de su casa, bajo los pórticos del foro ó de los teatros. Hay que añadir, que si los aposentos no eran grandes, en cambio eran numerosos. El romano hacía uso de su casa, como de sus esclavos, y tenía aposentos distintos para todos los incidentes del día, como tenía sirvientes para todas las necesidades de la vida.

Cada pieza, en su casa, estaba hecha exactamente para el uso á que se destinaba: no se contentaba, como

lisas; las superficies interiores, ligeramente rebajadas y garantidas del roce por un reborde ó marco saliente, estaban bañadas de cera, en cuya capa se grababan las letras con un punzón. Casi todas estas tablillas se refieren á compras que Yucundo hacía en calidad de comisionista y contienen cartas de pago, recibos, etc. (Pressuhn, *Casa de L. Yucundo*, núms. 4 y 5).

(2) Los pisos superiores debían de reservarse para usos secundarios, según lo hace comprender la estrecha y rápida escalera, que en nada se parece á la de las casas modernas.

nosotros, con un solo comedor; los tenía de varias dimensiones y cambiaba de ellos según la estación y según el número de los convidados. La alcoba ó pieza en que dormía la siesta y el dormitorio de la noche eran muy pequeños y no recibían luz ni aire sino por la misma puerta, lo cual no es un inconveniente en el Mediodía, donde la oscuridad da cierto fresco. Por lo demás, tampoco se detenía en estos aposentos sino el tiempo preciso para dormir. Para el resto del tiempo tenía un patio cerrado ó casi cerrado, que llamaban *atrio*, y otro abierto llamado *peristilo*.

»En estas piezas permanecía con preferencia, cuando estaba en su casa. En ellas se encontraba con su mujer y sus hijos, pero á la vista de sus sirvientes y á veces en su sociedad. A pesar de su amor al retiro y al aislamiento, de que hemos hablado, no evitaba la compañía de ellos, porque la familia antigua era más extensa que la nuestra, comprendiendo en grado inferior el esclavo y el liberto, de modo que el amo, viviendo con ellos, se creía estar entre los suyos.

»Aquellos patios cubiertos ó cerrados, en que la familia pasaba la vida, se encuentran en todas las casas pompeyanas sin excepción, y eran indispensables para dar luz á lo demás de la casa. Así, aun entre los menos acomodados, se tenía especial gusto en adornarlos, á veces con profusión. Si el terreno lo permitía se plantaban arbustos y flores. Los moralistas y los hombres de mundo se burlaban de estos jardines en miniatura entre cuatro paredes, porque ellos tenían villas magníficas con grandes árboles y emparrados bellísimos sostenidos por elegantes columnas.

»Cada cual hace lo que puede, y confieso que yo no podría ser severo con aquellas pobres gentes que querían de cualquier modo tener á la vista el alegre verdor de algunas plantas; ni menos he de vituperar su amor á aquellos diminutos arroyuelos que llamaban *composamente euripes* y á aquellas grutas de rocalla y conchas, que no eran más que pretenciosas bagatelas. Lo que los disculpa es que este raro gusto ha sido común entre la gente acomodada de todos los tiempos y países. Las de Pompeya á lo menos se aventajan mucho á las demás en las precauciones que tomaban para que sus ojos no se pusieran nunca en objetos desagradables. Poseían bellos mosaicos, estucos brillantes, é incrustaciones de mármol, en que reposaban la vista de buen grado. El fatigoso esplendor de las piedras blancas desaparece templado con matices agradables. Las paredes están pintadas de gris ó de negro, y las columnas de amarillo ó de rojo. A lo largo de las cornisas corren graciosos arabescos, compuestos de flores entrelazadas en que suelen mezclarse pájaros que no han existido, y paisajes que en ninguna parte se han visto. Estas fantasías sin significación halagan la vista sin ejercitar el espíritu. A veces en un tablero más vasto, una escena mitológica, pintada á la ligera y sin pretensiones, recordaba al amo de la casa una obra maestra del arte antiguo y le hacía gozar con el recuerdo. Otras veces era bastante dichoso para poseer una imitación en bronce de alguna de las mejores obras de los escultores griegos, un sátiro bailando, un atleta combatiendo, un dios, una diosa, un tañedor de cítara, etc. (1). Sabía su precio y comprendía su belleza, y por eso lo colocó sobre un zócalo en el atrio ó en el peristilo, para saludarlo con

(1) De Pompeya y de Herculano, es decir de dos ciudades de segundo orden, provienen los bellos bronce del Museo de Nápoles, que causan la admiración de los extranjeros. A buen seguro que entre los burgueses de nuestras ciudades de provincia no se encontraría nada semejante. Hay que añadir que lo más bello que había en Pompeya no ha permanecido. Se sabe que los habitantes que huyeron, volvieron después del desastre á hacer excavaciones y se llevaron los objetos

una mirada siempre que entraba ó salía. ¡Cuán felices eran los ricos pompeyanos! Sabían embellecer la vida con todos los gustos y comodidades del bienestar, levantarla con sus puros goces de las artes, y hasta creo que muchos personajes de nuestras grandes ciudades estarían tentados á envidiar la suerte de los oscuros ciudadanos de este pequeño municipio.»

## II. — DOMICIANO (81-96).

### BUENA ADMINISTRACIÓN DE LOS PRIMEROS AÑOS.

La juventud de Domiciano (2) había sido digna del tiempo de Nerón, y el joven príncipe fatigó con sus intrigas á su padre y á su hermano. Sin embargo, era sobrio, tanto que sólo hacía una comida diaria (3); tenía afición á los ejercicios militares (4), al estudio y á la poesía, sobre todo desde el encubramiento de su familia. Vespasiano le había concedido honores, pero no facultades, y á la muerte de Tito, sólo tenía los títulos de César y de príncipe de la juventud.

En su ansiedad por apoderarse, en fin, de aquel tan codiciado imperio, abandonó á su hermano moribundo y corrió á Roma al campamento de los pretorianos. Un donativo y la predisposición de los romanos á aceptar el derecho hereditario siempre que se producía, le aseguraron una sumisión que nadie, por otra parte, estaba en ánimo ni en aptitud de disputarle.

Hay pocos príncipes malos el día de su coronación: casi todos empiezan bien, y en las monarquías despóticas, casi todos acaban mal, sobre todo si los reinados se prolongan. Nerón, si se olvida la muerte de Británico, fué un buen emperador los cinco primeros años; pero la pendiente del poder absoluto es deslizadiza con un precipicio al extremo; y las pasiones, si no se dominan, y las adversas circunstancias, como no se venzan, arrastran á la larga á ese abismo. Domiciano reinó quince años, uno más que Nerón, y su reinado reprodujo la misma historia: al principio un gobierno prudente, y después todos los excesos; sino que sus excesos se retardaron más: su *quinquenio* duró trece años.

Las dos tiranías difieren aun de otra manera: la una tuvo apariencias brillantes y á veces festivas; la otra á pesar del esplendor de sus fiestas fué triste y sombría. Nerón calvo (5) vivió como Tiberio había acabado. Tan vanidoso como el hijo de Agripina, Domiciano acumuló sobre su cabeza todos los títulos y se concedió á sí mismo la apoteosis. Sus edictos decían: «Nuestro señor y nuestro dios ordena...» (6)

El nuevo dios no desdeñó vulgares honores. Después de una expedición sin gloria, tomó veinticuatro lictores y el derecho de asistir al senado en traje triunfal (7). Fué con-

más preciosos. Por consiguiente, no tenemos hoy más que lo que no pudieron encontrar ó despreciaron por insignificante (Boissier, *Pro-menedes archéol.* p. 314-318).

(2) Tito Flavio Domiciano nació en Roma el 23 de octubre del año 51.

(3) Antes y después de esta única comida, dice Suetonio, sólo tomaba una fruta y un vaso de licor. Daba sin embargo banquetes magníficos, pero no toleraba ningún exceso y hacía quitar la mesa antes de ponerse el sol.

(4) Era tan hábil en el arco que hacía pasar una flecha entre los dientes abiertos de un esclavo, y clavaba dos figurando cuernos en la cabeza de un animal corriendo. Plinio (*Hist. nat. in proam.*) y Quint. celebran sus versos. Suetonio dice que ya emperador dejó de hacerlos.

(5) Juvenal, *Sat.* IV, 38.

(6) Calígula se había llamado ya dios, y antes de Domiciano se decía, hablando del emperador: *Dominus noster* (Lab. *Marm. antich. bresciani*, p. 96, núm. 4).

(7) Marcial y Estacio lo llaman *Dácico*, pero este sobrenombre no se encuentra en las monedas.